

alejáos de esta tierra maldita y salvad á la hija de vuestro rey.

--Un último favor, caballero.

--Hablad.

--No me dejéis solo en estos momentos, ofrezceme salvar á Doña Blanca, ved que estoy solo y la desgracia me sigue como una sombra.

--Manzanedo, esta misma noche estaremos dentro de la plaza, y os juro bajo mi fé de caballero, que la hija de Isidro de Borbón será protegida por mi acero hasta ponerla en las orillas del Océano.

--Gracias, gracias, murmuraba llorando el fiel amigo de los Borbones, ya nada nos detiene en este suelo; me arrepiento de haber pisado las playas de mi patria; vine como el hijo ingrato á venderla, y el cielo me castiga.....estos remordimientos que me acosan serán el torcedor completo de mi existencia; yo siento que mi vida va á acelerarse con estos sufrimientos; quisiera con mi sangre borrar el pasado, pero esto es imposible.....imposible!

--Aprovechemos el armisticio; con un tanto de arrojo nos ponemos dentro de la ciudad, porque vá á llegar un momento afflictivo en que puede peligrar la vida de la Condesa; la tercera paralela sobre el fuerte de Ingenieros está ya establecida y todo dispuesto para un ataque general, que acaso no será resistido por los republicanos.

--Ellos morirán antes que los franceses pisen uno solo de sus parapetos; os confieso que el orgullo nacional se siente halagado; hemos visto la defensa heroica de la plaza, y detenido al ejército francés frente á esos muros desmantelados.

--No malgastemos el tiempo; seguidme, que ya la noche cae á toda prisa.

El arrojado aventurero, seguido del infeliz secretario de Cabrera, echó á andar rumbo á las manzanas del Hospicio para proporcionarse la entrada á la ciudad.

CAPITULO XIV.

PAN Y POLVORA.

I.

Los días que sucedieron á la batalla de San Lorenzo, Fo-
rey trato de tomar á viva fuerza la plaza de Zaragoza, ata-
cando el fuerte de ingenieros, que se sostuvo heroicamente.
Las municiones tocaban á su término, y el hambre se hacía

sentir á un extremo espantoso; un puñado de habas tostadas era ya todo el alimento que podía proporcionarse á los soldados, que exhaustos y sin fuerzas, quemaban ya sus últimos cartuchos sobre el enemigo.

La plaza había llegado á su último día, y el general Ortega reunió á los jefes para resolver sobre situación tan extrema.

Aquellos hombres empeñados en la lucha temible del heroísmo, tuvieron que ceder ante la realidad de los hechos, y como un último rasgo de su valor indomable, quisieron que pasara el ataque iniciado por los franceses antes que ajustar los preliminares de una capitulación.

El 19 de Mayo que la historia marca como término al sitio de Zaragoza, se oyeron al amanecer las rodadas de la artillería sobre la línea enemiga, y era que ya la última paralela estaba concluida y saludaría con sus cañones al fuerte de Ingenieros.

Los soldados del reducto en la rabia de su situación estaban ansiosos de verter su sangre.

A las primeras luces del amanecer, sesenta bocas de fuego mandaban con una increíble celeridad sus proyectiles rayados sobre el fuerte de Ingenieros.

La línea de ataque francesa era formidable, la tercera paralela contaba con doce piezas y las baterías de los ramales, del molino del Carmen y garita de Teotimehuacán habían sido aumentadas con seis piezas más cada una.

Las baterías del Tepotzúchil disparaban sin cesar, enfilando las cortinas y baluartes del fuerte, mientras que zuavos y cazadores se acercaban al glásis de Ingenieros.

El fuerte Zaragoza y el Carmen protegían con sus fuegos al punto atacado; Pinzón y Ghilardi compartían los últimos combates al frente de sus arrogantes batallones.

Trascurren dos horas de aquel fuego mortal y el espectáculo es profundamente doloroso; las brechas están practicadas y el fuerte está casi reducido á escombros, y aquel desastre es de imposible reparación.

Entre el destrozado césped y los gaviones y sacos á tierra despedazados, están los artilleros y zapadores agonizantes, otros se arrastran entre los cadáveres y mueren si exhalar una queja.

La mayor parte de la artillería yace desmontada y los pelotones muertos entre los cañones y ruedas desgranadas.

De súbito una bomba cae entre las siete ú ocho piezas que hay en la plaza del fuerte, veinte artilleros caen deshechos por aquellos cascots, y también Ochoa, á quien las balas habían respetado en cien combates, cae herido atravesado de una pierna, se apoya en un sargento, que lo sostiene sombrío como la fatalidad; á un lado está el jefe García cubierto de tierra y con los vestidos despedazados.

Los soldados de Durango y Chihuahua no tienen ya donde guarecerse, algunos permanecen en el camino cubierto en espera del asalto.

Cuatro piezas responden á tan formidable fuego con disparos lentos, porque ya el parque falta en las cajuelas.

Cortinas y baluartes han desaparecido completamente, no hay ya más que surcos de tierra que han dejado á su paso los proyectiles, la brecha es toda la línea, los cañones desmontados arrojan el humo de su última descarga, como los moribundos el postrer aliento.

La bandera está acribillada y flota en girones al paso de las balas, sobre su asta hecha pedazos y teñida con la sangre de sus hijos muertos en el combate.

¡Un oficial la sostiene, porque el parapeto está reducido á escombros, y no hay donde colocarla!.....

Patoni está en la plaza del reducto, dos de sus ayudantes acaban de espirar, otro está tendido, sólo Frías y Ramos han quedado para acompañar á su bizarro general.

El jefe de ingenieros, á pesar de su herida, permanece sobre los escombros: quiere más abandonar la vida que aquellos escombros que en días felices había levantado en unión de tantos compatriotas que yacían bajo la sagrada tierra de aquellos parapetos.

El parque de artillería ha concluido; aquellos valientes que no han pedido pan en las negras horas del hambre, piden llorando "parque" para sus cañones.

Los artilleros retiran dos piezas que han quedado y ya no pueden jugar sobre el enemigo; ellas vuelven victoriosas al centro de la ciudad; habían sobrevivido á las rotas murallas de ingenieros.

Los infantes de Durango y Chihuahua se avanzan á pecho descubierto y disparan sus fusiles sobre aquellas sesenta bocas que vomitaban bronce sobre las ruinas, ¡demencia del valor desesperado! ¡alarde heroico al caer en el abismo de la tumba!

A las nueve de la mañana cesa de improviso el fuego enemigo, disipóse el humo del combate.....El fuerte de ingenieros ha desaparecido..... queda un montón de escombros, y sobre ellos, una bandera despedazada!—aquella bandera es la de la patria!

II.

El general González Mendoza había conferenciado con el general Forey sobre los ajustes de una capitulación, El sitiado pedía salir de la plaza á tambor batiente ban-

deras desplegadas rumbo á la capital, donde quedaría expedido para continuar defendiendo el territorio patrio.

Forey contestó que concedería todos los honores de la guerra si le ofrecía guardar neutralidad hasta la conclusión de la campaña.

Aquella proposición era inadmisibile, y Forey se rebajaba al injuriar á aquellos bravos soldados á quienes no había podido vencer en la arena de los combates.

Celebróse una última junta y se resolvió sucumbir heroicamente, entregándose á la merced del vencedor antes que pactar algo que rebajase el honor de la República.

La historia con su mirada implacable acudía aquella noche para recoger en su álbum, frase por frase, aquellas pláticas que debían resonar en el porvenir.

¡De pié la nación entera! ¡la plaza va á pronunciar su última palabra.

"ORDEN GENERAL DEL CUERPO DE EJÉRCITO DE ORIENTE, DEL DÍA 17 DE MAYO DE 1863 A LA UNA DE LA MAÑANA.—No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza, por la falta absoluta de víveres y por haber concluido las existencias de municiones que tenía, á extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del día, según las posiciones que ocupa y conocimiento que tiene de la situación en que se halla ésta plaza; oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército, cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden; dispone el mismo señor general en jefe: que para salvar el honor y decoro del cuerpo de ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy, se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho en esta plaza, y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda bajo ningún aspecto, utilizarlo el ejército invasor.

A la misma hora, el señor comandante general de artillería dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada la plaza.

A la hora ya citada, esto es, de las cuatro á las cinco de la mañana, los señores generales que mandan divisiones, á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército, manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad, no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron; y por lo mismo, el citado señor general en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al

supremo gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mexicana, á cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

Los señores generales, jefes, oficiales y tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va á ser ocupada, es debido, *no al poder de las armas francesas, sino á la falta de víveres y municiones*, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora ~~no~~ toda ella con sus respectivos fuertes ~~se~~ se haya en poder del ejército de Oriente, á excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento, y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes y cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo.

A la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes y oficiales de este ejército en el atrio de Catedral y palacio de Gobierno para rendirse prisioneros, en el concepto, que respecto de este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros y por lo mismo los señores generales, jefes y oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraído para con la nación.

Los caudales que existen en la Comisaría, se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De orden del señor general en jefe, el cuartel maestro, general *Mendoza*."

Esta es la página de oro del sitio de Zaragoza; ella dirá á la historia y al porvenir, que los primeros soldados del mundo, que ese ejército que recorre vencedor los escarbados campos de la Europa, y cuyo nombre se lee sobre las posiciones más formidables del viejo Mundo, encalló como una nave gigante, en los sagrados muros de Zaragoza, y su bandera, como un homenaje al heroísmo de nuestros soldados, no se enarboló victoriosa en los palacios de Puebla.

El estandarte de la Francia sólo flamea sobre los muros que han asaltado sus legiones.



CAPITULO XV.

POSTREMA NOX.

I.

El general González Ortega había tomado sus disposiciones para el cumplimiento de la heroica resolución tomada en la junta de guerra.

Cuando los bravos generales salieron en silencio y llenos de una amargura horrible, en dirección á sus cuarteles, para disolver los batallones y romper las armas, Ortega redactó su última nota para enviarla al general Forey.

He aquí su contenido, que tanto importa á la verdad histórica.

"Señor general.—No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería.

Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra.

No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

Acepto V. E., etc — *González Ortega*"

Dobló aquel pliego y esperó á que amaneciese para enviarlo al general francés, que á esas horas ignoraba que estaba vencedor.

II.

Manzanedo y el conde del Jaral penetraron en la plaza á favor del desorden que ya comenzaba en la ciudad.

--¿Que pasa, señor conde? pregunta Manzanedo.

--Noto un movimiento extraño, esos soldados que acaban de salir de su cuartel, van desesperados y murmurando en alta voz; sea lo que fuere, entrémosnos en la casa del señor Mons;

mientras vos le entregáis estos papeles que le revelan súbitamente la existencia de su hijo, yo hablaré con doña Blanca

—Bien; apresuremos el paso, porque estoy temeroso al ver lo que está pasando en la ciudad.

Aquellos dos hombres llamaron á la puerta de la casa del señor Mons y penetraron cuidadosamente cada uno en su departamento.

Don Fernando dió un toque á la vidriera donde estaba Doña Blanca, ésta salió apresuradamente y se encontró con el parconde del Jaral.

—¡Blanca! exclamó don Fernando sin poderse contener.

La joven se arrojó en los brazos de su amante, y éste besó con entusiasmo el rostro angelical de la Montemolín.

—¡Fernando, hemos triunfado, la plaza está rendida!

—¡Rendida! exclamó con un gozón siniestro el conde y luego añadió con voz sombría: ¿qué nos importa esta victoria?

—¡Caballero! prorrumpió exaltada la condesa desasiéndose de los brazos de su amante, ¿qué es lo que decís?

—Es necesario que me escuches con calma, porque lo que voy á decir es espantoso.

—¡Hablad, caballero, hablad por compasión que me estáis asesinando con vuestro silencio!

—Pues bien, el foco de nuestros sueños, el sol de vuestras esperanzas se desvanece al soplo omnipotente de Dios: él no ha querido vuestra felicidad.

La condesa abría inmensamente los ojos y su pecho se agitaba en un vértigo terrible.

—Habéis soñado mucho tiempo con un trono, he aquí la página más amarga de vuestros desengaños.

El Conde mostró los pliegos en que estaba escrita la renuncia del príncipe Don Juan de Borbón al trono de México.

La Condesa arrebató los papeles y leyó violentamente aquel documentos fatal, que arrancaba á su corazón el soñado mundo de sus ilusiones; con una crispatura nerviosa, mordió su labio hasta hacerse sangre, paseó una mirada torva en su derredor, levantóse el cabello de su frente y conteniendo la explosión amarga de sus lágrimas, murmuró con voz concentrada y cavernosa: ¡imbécil!.....¡la vacilación!.....¡la cobardía!.....!

—Serenaos, Doña Blanca, vais á perder el juicio.

—¡Sí, la locura ante desgracias tan espantosas!..... la abdicación del sentimiento moral en la lucha de lo irrealizable y lo desconocido!.....morir, morir de desesperación!.....de impotencia!.....¡el infortunio!.....la predestinación!.....maldita la hora en que se apoderó en mi cerebro la fiebre espantosa de la ambición!

La condesa se paseaba por la estancia fuera de sí bajo la impresión del rudo golpe que acaba de herirle en el centro del alma.

Después sus rodillas flaquearon y cayó hincada en el suelo.

—¡Madre!.....¡madre mía! gritó dando libre rienda al llanto que la ahogaba, mírame en las regiones extranjeras, abandonada al más cruel de los dolores, á la más amarga de las tribulaciones!.....¡piedad!.....¡piedad!

—En nombre del cielo! exclamó Don Fernando, volved en vos, mirad que pelagra vuestra existencia, estoy á vuestro lado, todo puede faltarnos en el mundo menos mi amor, este amor inmenso que me manda sacrificarme por vuestro reposo; mandad, estoy dispuesto á obedeceros ¿queréis mi sangre? romperé las arterias del corazón, ¿que queréis?.....hablad, hablad por compasión mirad que vuestra angustia me está haciendo daño, Doña Blanca, acudid á vuestra memoria ¿no me conocéis?

—Sí, os conozco, y vos sois lo única tabla de salvación en el naufragio de mi existencia.

—¡Gracia, Blanca mía, gracias!

—Me entrego toda tí, no quiero pensar más en el porvenir, huiremos para siempre de este suelo, nos refugiaremos en el último rincón del mundo; no conozco á nadie, los Borbones nada tienen de común con Doña Blanca; el Conde de Morella es mi enemigo; estoy sola, sola en el mundo; quiero vivir para tí, para tí que me has acompañado en las vicisitudes de esta lucha, en la que dejo hasta mi nombre; yo soy Rosa, Rosa nada más, aquella viajera del "Conway" á quien le decías amores en las noches serenas de los trópicos, á quien le llevabas serenatas en apartadas callejuela de México!.....Fernando, Fernando, ya no volveremos á separarnos nunca; viviré para tu cariño, y este amor calmará la desesperación inquieta de mi espíritu, la fiebre que en olas de sangre incendia mi corazón, porque yo he sufrido mucho, mucho, hija de un rey desgraciado, he tenido el infortunio por herencia, por que mi frente debía acariciarla, ceñirla una corona; yo soy Blanca de Montemolín, y corre por mis venas la sangre de Borbón!.....

—Olvidemos el pasado, se apresuró á decir Don Fernando para interrumpir el curso de aquellas ideas extraviadas; tenemos el porvenir todo para nuestro amor, ¿no es verdad?

—No, caballero, esa es la existencia del vulgo, los cadáveres sociales, las almas muertas á las aspiraciones; mi vida es un meteoro que cae en el abismo; se apagará como el sol, en un horizonte inmenso y en la profundidad de un Océano.

—No hay esperanza, murmuró Don Fernando, es preciso aguardar á que pase la impresión.

—Perdonad, dijo Doña Blanca un tanto serena, esta agitación es natural después de un desengaño tan monstruoso; pero ya estoy en mí, sé que estás en mi presencia, y que el cielo te envía para salvarme huyendo á Europa; mis plantas se queman con

esta arena; tengo, como tú, remordimientos que se apagarán en la soledad y en el silencio.

El Conde inclinó la frente ogobiado por la pesadumbre.

—Estás sombrío como la noche de nuestro destino; yo te animaré como el golpe eléctrico de mis labios.

Y tomando entre sus manos la cabeza del Conde, le dió un beso en la frente.

En aquel momento la puerta de la estancia se abrió dejando ver la cabeza de un hombre.

Aquel personaje, cuyo rostro estaba lívido y descompuesto, vió aquella escena con una mirada salvaje y se recató furioso de Doña Blanca, y el Conde, saliendo inmediatamente á la calle que estaba desierta.

—Necesito una hora para disponer mi viaje, dijo Blanca.

—Hasta dentro de una hora, respondió el Conde, y besó la mano de la Montemolín.

Bajó el Conde las escaleras, abrió el zaguán y se deslizó por la banqueta.

Un hombre se puso en su seguimiento hasta darle alcance en una de las plazuelas más solitarias de la población.

—¡Caballero! ¡caballero!

—¿Quién me habla?

—¿Sóis el Conde del Jaral?

—A vuestras órdenes, caballero.

—Síguenos, que tengo algo que deciros,

Los dos interlocutores echaron paso adelante hasta llegar á uno de los cuarteles abandonados.

—Entremos.

—Entremos, dijo el Conde resuelto á luchar con el destino en aquella noche siniestra.—¿Y bien, qué me queréis?

—Lo vais á oír, señor Conde.

—Yo no recuerdo haberos hecho ningún mal.

—Oídme: ayer os hubiera atravesado el corazón por celos, porque he sido burlado cruelmente por vos y por una mujer.

—Mondoñedo, yo ignoraba vuestros amores.

—Lo sé; pero después me habéis escarnecido, pisoteando mi corazón, virgen á las impresiones fatales de una pasión que hoy maldigo.

—Tenéis razón.

—Señor Conde, no es ese el negocio que nos trae en esta noche al borde del abismo que debe tragar á uno de los dos; es la venganza en nombre de mis hermanos, sacrificados á vuestras miras infames de poder y de ambición.

—Yo no os comprendo Mondoñedo

—Recordad que en San Andrés pusisteis fuego al parque, y quedaron sepultados bajo aquellos muros esos soldados que eran la esperanza de la nación.

—Estoy perdido, murmuró el Conde.

—Desde entonces no habéis cesado de conspirar en contra de México; vuestro cómplice, cuyo cadáver se encontró arrojado en los campos de San Lorenzo, fué el que dió al general Zaragoza el filtro que lo llevó á la tumba, y todo por vuestros consejos é infernales instigaciones.

—¡Mentiral! gritó el Conde tratando de romper aquella situación.

—Después os habéis introducido en nuestro campamento para seducir á los incautos y obligarlos á la traición; pero ellos han resistido, y vuestros trabajos han fracasado como el primer ataque al fuerte de San Javier.

—¿Qué queréis de mí, Mondoñedo? concluyamos de una vez.

—Oídme hasta el fin. Esta noche se rompen nuestras armas, y la plaza está rendida al ejército francés: la hora que tanto habéis esperado llega al fin; pero aun tenéis que saltar sobre un cadáver, y ese cadáver es el mío.

—Al fin nos entendemos.

—¡Entendidos, señor Conde; duelo á muerte!

—¡A muerte! gritó Don Fernando; y sacó su revólver.

Mondoñedo sacó su cilindro de seis tiros, y comenzaron á dispararse á quemarropa.

Aquello era espantoso.

Una bala pasó rosando las cienes del estudiante y arrancó un mechón de su revuelta cabellera,

Otro disparo de Mondoñedo hizo volar el sombrero de su adversario.

Los seis tiros habían salido de las pistolas y los combatientes nada habían sufrido; la rabia los cegaba y las sombras de la noche los envolvían.

—¡Vivimos! exclamó con risa satánica Don Fernando.

—¡Vivimos aún! gritó el estudiante, y sin embargo es preciso que alguien muera.

—¡Pues á la muerte! exclamó el Conde haciendo relucir su espada.

—¡A la muerte! repitió Mondoñedo y hechó al aire la suya.

Cruzáronse los aceros, cuyo chasquido se oía entre el respiro agitado de los batalladores.

—¡No importa! gritó el estudiante después de algunos momentos de combate, y era que su enemigo había llegado con la punta de la espada á la clavícula, donde se había roto.

La ventaja estaba por parte de Mondoñedo.

Siguió la lucha más encarnizada aún y más violenta.

Oyóse un cuerpo que se desplomó súbitamente y un ronquido sordo y profundo.

—¡Lo he matado! ¡murmuró el estudiante, ahora le toca á ella!

Y se precipitó sobre el cadáver con la rapidez de un buitre, y separó la cabeza del tronco, que se agitó en las últimas convulsiones.

Envolvióla en su capa y regresando por el mismo camino por donde había seguido á Don Fernando, llegó á la casa de Mons, subió con rapidez los tramos de la escalera, acechó por la cerradura y viendo desierta la estancia de Montemolín, penetró atrevido y depositó la cabeza del Conde sobre la mesa.

Salióse precipitadamente y asomó su rostro de condenado por los cristales de la ventana, para gozarse en la escena que iba á desarrollarse á su insaciable encono.

Doña Blanca oyó que alguien penetraba en su aposento, creyó que era el Conde, y acabando sus aprestos salió al encuentro de su amante.

Paseó una mirada por la estancia en busca de Don Fernando y la detuvo sobre el bulto que estaba sobre la mesa.

Acercóse, y por un instinto de horror inexplicable se retiró, pero venciendo su repugnancia, tiró del lienzo y descubrió la cabeza de su amante.

El rostro conservaba un gesto terrible de desesperación, los ojos mates y saltándose de las órbitas, la barba y el cabello en desorden, la frente y las mejillas lívidas y moratadas y los labios entreabiertos.

La joven contempló algunos momentos aquella cabeza ensangrentada, estiró sus brazos rígidos como barras de hierro y se desplomó dando un alarido horrible.

Una carcajada del infierno respondió tras los cristales de la ventana á quel alarido de espanto y desesperación.

Mondoñedo abandonaba la casa loco y delirante, cuando oyó la voz del señor Mons que le gritaba:

—¡Hijo!.....¡Hijo mío!

—Yo soy hijo de la fatalidad! respondió el estudiante.

Y se perdió en las tinieblas de la noche.

IV.

Luego que se supo en los cuarteles la orden del General en jefe, los soldados comenzaron á romper sus armas contra las reductos, murallas y parapetos.

Algunos lloraban de despecho y hubo otros que se arrojaron sobre sus bayonetas buscando la muerte, antes que ver á los invasores hollando con su planta aquellos muros donde estaban aún los cadáveres insepultos de sus hermanos.

Aquella escena era conmovedora, los batallones se desbandaban por las calles de la ciudad.

Oíanse las imprecaciones más terribles, y los últimos disparos de la artillería al romperse los cañones que, sobre los parapetos, habían detenido el impulso del ejército francés.

En los escombros del allanado fuerte de Ingenieros, se alzaba una hoguera como la pira de aquella inmensa tumba en el sacrificio heroico de los hijos de Zaragoza.

La llama devoraba las armas de los defensores del fuerte, que agrupados en torno de ella, hacían el juramento sagrado de morir en defensa de la patria.

¡Aquel espectáculo grandioso que presentaba un ejército al disolverse y quebrantar sus armas y quemar sus banderas, antes que doblar la cerviz al enemigo, era la epopeya en el sublime cuadro de nuestra independencia, era solemne y majestuoso como el último canto de la Iliada!

El sol de Mayo veló sus luces á la ciudad prisionera y desarmada; no quiso alumbrar el estigma de la conquista que en hora aciaga pusieron sobre su frente las legiones vencedoras de Francia.

